Buenas tardes a todas y a todos.

Muchísimas gracias por estar aquí. Su presencia tiene para mí un valor especial. No solo porque dedicar el tiempo a escuchar a un juez hablar de insolvencias es un acto de generosidad civilizatoria, sino porque demuestra que todavía queda un pequeño reducto de ciudadanos que creen que pensar juntos sirve para algo. En estos tiempos, créanme, eso es casi un acto de heroísmo ilustrado.

Quiero agradecer particularmente la presencia de Ignacio Sancho, presidente de la Sala Primera del Tribunal Supremo; de Ignacio del Moral, vicepresidente de ASNEF; y de Cristina Jiménez, presidenta de FIDE.

Y permítanme decir algo más sobre FIDE, porque no es un detalle menor:
FIDE es un oasis ilustrado.

Un lugar donde la razón no está en paro estructural, donde el argumento no necesita escolta policial y donde la cortesía no se considera una reliquia aristocrática. FIDE es uno de los últimos espacios en los que el pensamiento crítico no es sospechoso, sino bienvenido. Una rareza, un lujo intelectual, y me atrevería a decir: un patrimonio de la vieja Europa que conviene proteger con la misma atención que damos a nuestras catedrales románicas.

He venido a presentar un libro, sí, y espero que lo compren —lo digo sin rodeos—, pero lo verdaderamente interesante es explicar **por qué** lo he escrito. Porque a veces las razones revelan más que las páginas.

Este libro nace de una convicción que, hoy, roza la disidencia: **la defensa abierta y militante del método científico y y del pensamiento crítico heredero de de la Ilustración**.

Sí, esa época gloriosa en que Europa decidió asumir que pensar era más valioso que obedecer, que la evidencia debía guiar a la política, y que la emoción, aunque legítima, no podía aspirar a gobernar a la razón.

Lo verdaderamente sorprendente no es que defendamos la Ilustración; es que tengamos que defenderla **otra vez**, como si fuese una especie de programa que aún no se hubiera consolidado.

Y, sin embargo, aquí estamos, tres siglos después, explicando que:

- las emociones no sustituyen a los datos,
- la buena fe no reemplaza a los incentivos,
- y que el sentimentalismo —cuando se convierte en ley— produce efectos secundarios severos, aunque eso quede mal en un eslogan.

Cuando regresé a la Administración tras 25 años en el sector privado —donde el error cuesta dinero y no suele venir con una nota de disculpa institucional— me encontré con algo inesperado:
una Ley de Segunda Oportunidad que había sido capturada por una narrativa épica.

Una narrativa hermosa, sí, pero profundamente incompleta.
Tan incompleta que llegó a sustituir el consentimiento informado por el entusiasmo, el análisis por la empatía, y la responsabilidad por una indulgencia que, en ocasiones, roza lo pastoral.

En el libro muestro datos que, sinceramente, hablan solos:

- tasas de concesión del 98%,
- miles de insolvencias que no derivan de mala suerte sino de imprudencia,
- mecanismos de intermediación que convierten el perdón en un producto empaquetado,
- plataformas que procesan expedientes como quien procesa reclamaciones de garantía,
- y un mercado del crédito que ajusta precios, porque el mercado siempre nos escucha… pero nunca nos hace caso.

La consecuencia es clara:
el riesgo se traslada del insolvente al solvente.
Del imprudente al prudente.
De quien falló a quien cumplió.
Y eso, además de injusto, es peligrosamente insostenible.

En el libro dedico un capítulo entero a lo que denomino —con ironía, pero sin exageración—
“la cultura del incumplimiento”.

Una cultura que no aparece de la noche a la mañana: se cultiva. Se cultiva con mensajes simplificados, con narrativas emotivas, con la industria del "no pasa nada", con la falta de educación financiera, con la creencia colectiva de que siempre habrá un mecanismo jurídico que repare los daños sin reparar los incentivos.

Y lo más inquietante:
una cultura del incumplimiento socava los consensos sociales y termina produciendo **una economía del incumplimiento**.
Y una economía del incumplimiento acaba produciendo **una política del incumplimiento**.

Ese es el eslabón que me preocupa:
cuando la excepcionalidad se convierte en regla,
cuando lo extraordinario se convierte en rutina,
cuando el alivio se convierte en costumbre.

Y si algo me llevó a escribir este libro —más allá de la sociología del deudor, las plataformas y la cultura del incumplimiento— es una carencia estructural que atraviesa de manera casi melancólica el diseño de nuestras políticas públicas:
la ausencia de evaluación.

No ya una evaluación seria, profunda o tecnocráticamente elegante —eso sería pedir mucho—, sino simplemente *evaluación*.
Medir. Saber qué funciona y qué no. Entender por qué una norma produce determinados efectos.
En definitiva: **poner un termómetro antes de recetar antibióticos**.

Permítanme ponerlo de otro modo, más ilustrado y más irónico:
Europa inventó el método científico hace tres siglos…
pero a veces parece que nuestras leyes se redactan como si hubiéramos perdido el manual de instrucciones.

En el libro dedico un capítulo entero a este asunto, porque la Ley de Segunda Oportunidad se ha convertido en el ejemplo más perfecto —y por ello más inquietante— de una política pública aprobada sin análisis previo y mantenida sin análisis posterior.

La reforma de 2022 fue presentada con solemnidad, entusiasmo y metáforas generosas. Pero al preguntar:

—"¿Cuál es la evaluación de impacto?"
—"¿Cuál es el análisis coste-beneficio?"
—"¿Cuáles son los escenarios alternativos?"
—"¿Qué efectos distributivos tendrá sobre el crédito?"
De repente… silencio.
Silencio administrativo, pero del literal.

Esto es especialmente llamativo porque la OCDE, la Unión Europea y todos los países medianamente serios recuerdan cada año que legislar sin medir es como pilotar de noche con los faros apagados y confiar en que la carretera se adaptará a nuestra trayectoria moral.

Y lo más sorprendente es que **la ausencia de evaluación se convierte enseguida en una atmósfera cultural**:
si nadie mide, nadie corrige;
si nadie corrige, nadie aprende;
y si nadie aprende, todos opinan con más seguridad.

En esa atmósfera, los relatos sustituyen a los datos.
El entusiasmo suple la evidencia.
Y la política pública se vuelve inmune al método científico… como en los mejores momentos del Antiguo Régimen.

En el caso de la segunda oportunidad, este diagnóstico es evidente:

- No se ha evaluado el impacto sobre el coste del crédito.
- No se ha medido la desigualdad entre acreedores protegidos (el Estado) y los desprotegidos (todos los demás).
- No se ha analizado la sostenibilidad macroeconómica del sistema.
- No se ha examinado cómo afecta al incentivo de pago en familias vulnerables.
- No se ha valorado la calidad real del screening judicial.
- No se han analizado alternativas menos distorsionadoras.
- Y, por supuesto, no se ha evaluado el comportamiento de los intermediarios, cuya productividad —como muestro en el libro— es de escala industrial, no artesanal.

Es decir, hemos construido un edificio institucional precioso en el plano moral, pero con grietas estructurales que pueden verse desde Google Maps.

Y aquí llegamos a una verdad incómoda —una verdad muy ilustrada, por cierto—
la ausencia de evaluación convierte los errores públicos en errores permanentes.
La política sin medición no es política empática: es política a ciegas.

Cuando uno no evalúa, no puede corregir.
Y cuando no puede corregir, no puede aprender.
Y cuando no puede aprender… legisla más.

Y eso —como sabemos todos— es la receta clásica para generar una política pública sentimental, popular, bienintencionada… y profundamente ineficaz.

En el libro digo algo que repito ahora porque es esencial para entender el enfoque ilustrado:
la evidencia no es un frío instrumento tecnocrático: es un mecanismo de justicia social.

Sí, justicia social.
Porque sin evidencia, terminamos ayudando a quienes no la necesitan y perjudicando —a veces brutalmente— a quienes sí la necesitan.
Sin evidencia, premiamos la narrativa más estética, no la situación más vulnerable.
Sin evidencia, la compasión se convierte en una ruleta moral.

La Ilustración hizo algo heroico:
colocó la prueba por encima del prejuicio,
la racionalidad por encima del fervor,
el método por encima del impulso.

Hoy, paradójicamente, legislar sin evaluación es una forma suave —pero real— de contrailustración.

Por eso insisto en el libro, y lo hago también esta tarde:
España necesita una cultura de la evaluación tan sólida como la cultura de la legislación.
Necesitamos que los políticos expliquen no solo lo que van a legislar, sino *por qué y con qué evidencia*.

Necesitamos que las reformas se sometan a experimentación, a comparativas internacionales, a datos duros, a análisis de incentivos.
Y necesitamos, sobre todo, que la ciudadanía exija ver *resultados medidos*, no solo *intenciones expresadas*.

Porque sin evaluación, das siempre la segunda oportunidad…
pero nunca aprendes de la primera.

Y vuelvo al hilo del discurso.

La segunda oportunidad —bien diseñada, bien evaluada y equilibrada— puede ser una herramienta civilizadora. Pero sin evaluación es un riesgo:
un riesgo económico,
un riesgo institucional,
y un riesgo moral.

Una sociedad adulta necesita mecanismos de redención, pero también necesita mecanismos de responsabilidad.
Esa es, literalmente, la definición ilustrada de madurez colectiva.

Pero si algo me llevó a escribir este libro fue una constatación que todos los operadores jurídicos conocen, aunque no siempre lo digan en voz alta:
hemos creado sentencias en piloto automático.

Y no lo digo con crítica a los jueces —todo lo contrario—.
Lo digo por el diseño institucional.
Cuando una institución se vuelve tan automática, tan previsible, tan indulgente y tan lineal, el juez deja de juzgar para pasar a administrar un flujo. Como si la decisión fuera la parte menos relevante del proceso.

Cuando un sistema judicial deja de discriminar entre el drama y la temeridad, entre la desgracia y la mala gestión, entre el accidente y la estrategia, no estamos siendo más solidarios:
estamos siendo menos racionales.

Y aquí vuelve la Ilustración, inevitablemente, como un viejo amigo que regresa para recordarnos lo esencial.

La Ilustración nos enseñó a desconfiar de los atajos morales. Nos enseñó que la compasión sin inteligencia es puro desorden, que la justicia sin datos es improvisación amable,

y que la solidaridad, para ser justa, necesita reglas, límites y proporcionalidad.

Europa prosperó —no lo olvidemos— no por ser sentimental, sino por ser rigurosa.
Por exigir pruebas, no proclamas.
Por premiar la responsabilidad, no el victimismo.
Por construir instituciones que equilibraran el corazón y la razón, no que sacrificaran una en el altar de la otra.

Lo he dicho en el libro, y lo repito aquí:
la segunda oportunidad debe ser una institución civilizadora, no un mecanismo emocional.
Debe proteger, sí, pero también educar.
Debe aliviar, sí, pero también prevenir.
Debe ser humana, sí, pero no ingenua.
Debe ser generosa, pero no temeraria.

Porque cuando convertimos la excepción en regla, y el perdón en industria,
cuando confundimos compasión con indulgencia,
cuando banalizamos las consecuencias,
entonces la sociedad entera pierde.

Y además —detalle importante— perdemos todos a la vez.

Voy terminando, aunque ahora sí lo digo sin ironía:
empiezo a acercarme a la duración de una comparecencia parlamentaria,
y ya sabemos que esas intervenciones solo admiten dos velocidades:
larga… o eterna.

Déjenme cerrar con una idea sencilla que para mí resume todo el espíritu del libro:
pensar es un acto de resistencia.

Pensar contra el sentimentalismo fácil.
Pensar contra los relatos que quieren sustituir a la realidad.
Pensar —como pedía Kant— sin la tutela de nadie.

Si hoy salen de aquí con una duda, una sospecha razonable o un "¿y si…?", enhorabuena:
han contraído esa vieja enfermedad europea llamada pensamiento crítico.

Es crónica, es contagiosa y mejora la vida pública más que cualquier decreto-ley.

Y si además compran el libro, entonces no sé si será pensamiento crítico o simplemente buen gusto literario. Ambas cosas —modestia aparte— son perfectamente compatibles.

Muchas gracias por escucharme, por pensar y por seguir creyendo que **la Ilustración sigue siendo la mejor segunda oportunidad que una sociedad puede darse a sí misma**.